
VII.
PERSEVERANCIA.

Aunque los medios que empleemos varíen, nuestros esfuerzos deben encaminarse siempre al fin que nos proponemos.

Nos encontrábamos en la última etapa de la guerra de Reforma, y ya la Invasión Francesa iba á conmover el país con la más injusta y sangrienta lucha de las que hemos sostenido los mexicanos.

Por aquel tiempo habían alcanzado los reaccionarios grandes victorias y, sobre todo, habían segado vidas tan nobles y esforzadas como las de Leanro Valle y Santos Degollado. Márquez era entonces el caudillo de la reacción, y parecía que no había de encontrarse con nadie que le cortara las alas.

Envalentonado con la sangre que vertiera, se atrevió á llegar en son de amenaza hasta las goteras de la capital, en la que se produjo una gran alarma. El Coronel Díaz

recibió orden de incorporarse con sus fuerzas oaxaqueñas á las del Gral. González Ortega y salir al encuentro del temible adversario.

Súpose en el camino que el perseguido se encontraba en Toluca, y se resolvió que fueran á vigilar sus movimientos, Porfirio Díaz y el General Antonio Carbajal; este último, muy conocedor de aquel terreno. Carbajal tendió su caballería á lo largo de una vereda, y mostrando á Porfirio desde una altura las fogatas del enemigo, dispuso que bajara á tirotearlo, mientras llegaba la división que iba al mando del Gral. González Ortega.

Tan rudo fué el encuentro, que el mismo Carbajal consideró perdido al asaltante, pues con sólo una fuerza de 242 hombres, se atrevió á medir su empuje con el de un Ejército muy superior al suyo y al frente del cual operaban once generales. Así fué que cundió como indudable, la noticia de que Porfirio Díaz había sido derrotado, cuando lo cierto era que acababa de alcanzar una de sus más espléndidas victorias.

No podía González Ortega creer en el buen éxito de aquel hecho de armas; pero al convencerse de que el jefe oaxaqueño había tomado la plaza y adueñándose con tan poca fuerza de diez cañones y de todo el bagaje del enemigo, poniendo en fuga al ejército de Márquez y haciendo más de setecientos prisioneros, pidió al Gobierno el ascenso á general de brigada para el vencedor. En carta que es-



Vista panorámica de la ciudad de México, sitiada y tomada por el Gral Díaz y sus tropas al Lugarteniente Márquez y sus fuerzas.
(Fotografía propiedad de C. B. Waite, Foto. S. Juan de Letrán 3. México.)

cribió con tal objeto al Presidente Juárez, declaraba que "se avergonzaría de llevar la banda verde si no se le concedía al Coronel Díaz, en recompensa del triunfo obtenido en la acción de Jalatlaco."

Tras la ruptura de los tratados de la Soledad, se iniciaron los primeros encuentros entre los soldados franceses y los liberales mexicanos. Díaz recibió entonces orden de incorporarse á los defensores del desfiladero de Acultzingo; mas como no tuviera tiempo de llegar á las cumbres ni de tomar parte en el combate, hizose fuerte en el Puente Colorado, y allí, ora contrarrestando el empuje de los invasores, ora deteniendo y reorganizando á los vencidos é impidiendo que la retirada se convirtiera en pánico, es fama que logró no sólo retardar la marcha de la invasión, sino reanimar la moral de nuestras tropas, preparando de hecho la desesperada resistencia que había de convertirse en victoria el memorable 5 de Mayo de 1862.

No intentamos seguir la vida militar del General Díaz durante la abnegada lucha del partido liberal mexicano contra la Intervención y el Imperio. Todos sus actos en esa larga y durísima campaña constituyen hermosos y nobles ejemplos de perseverancia; cualidad que no lograron doblegar ni los fracasos más rudos registrados en el campo de los defensores de México, ni las constantes defecciones de amigos y compañeros que al lado suyo combatían.

De esta perseverancia dió notables pruebas en diversas

ocasiones y, muy particularmente, en los momentos en que, vencido por sus enemigos, era estrechado por ellos á renunciar á los patrióticos ideales porque combatía, haciéndosele halagadoras promesas, que hubieran hecho vacilar á cualquiera otro que no abrigara, como él, una absoluta fe en aquellos mismos ideales, de acuerdo con un estricto concepto de su deber.

Así vemos que cuando encontrándose prisionero por vez primera, se le brindara la libertad á cambio del honor, es decir, con la condición de no seguir defendiendo á su patria, contesta que no firma el documento que se le presenta, ni recibe el sueldo que se le ofrece, no sólo porque las leyes de su país le prohíben contraer un compromiso que menoscabe su dignidad militar, sino también porque se lo prohíben sus convicciones.

Más tarde logra evadirse de la prisión, burlando así á los enemigos de su patria, y se pone á las órdenes del gobierno liberal, para caer nuevamente en manos de sus adversarios. Pero no por eso entibióse su firmeza; por el contrario, ello le hizo cobrar nuevas energías, sugiriéndole ideas nuevas que supo utilizar después en la realización de sus propósitos.

El mismo narra con su habitual modestia y sencillez, las duras pruebas á que estuvo sujeto, en compañía de otros jefes liberales, durante el tiempo que permaneció prisionero en el convento de Santa Catarina, en Puebla. Allí, sin

que en él hicieran mella las reiteradas amenazas de que iba á ser fusilado, inició una audaz tarea con el objeto de evadirse; intento que, desgraciadamente, no pudo lograr.

Oigamos sus propias palabras:

"Pusieron en mi celda á Benítez y á Ballesteros; pero un día fingí motivo de desagrado con ellos y solicitaron del preboste que les diera otra habitación; se la concedieron y entonces comencé á preparar mi evasión, para lo cual me dediqué á hacer una mina en el lugar que quedaba debajo de mi cama.

"Estaba situada mi celda en el piso bajo del edificio, en una capilla habitada en otro tiempo por una monja tenida como milagrosa; capilla dentro de la cual estaba un pozo cuya agua tenía, según la tradición virtudes medicinales. Ese pozo me servía para depositar la tierra que sacaba de mi obra. Cuando la labor llegó abajo del cimiento macizo, seguí haciendo una galería horizontal hacia la calle, que estaba pared de por medio.

"A los cinco días de estar en Santa Catarina, nos trasladaron súbitamente al convento de la Compañía, por lo cual no pude continuar mi obra de evasión."

Varios días de faenas y angustias empleados en este penosísimo trabajo, se vieron perdidos, aniquilados con la traslación del prisionero á otro lugar, donde quizás no lograría llevar á la práctica la empresa proyectada. ¿No era esto para desalentar á cualquier hombre? El General Díaz



El Sr. Gral. Díaz en sus paseos matinales por el bosque de Chapultepec.

no se consideró vencido, sin embargo; resolvió emplear otros medios para alcanzar el objeto que se había propuesto.

La ausencia del jefe militar de la ciudad de Puebla, conde de Thum (enemigo personal del General Díaz, por haber solicitado en vano del jefe republicano su adhesión al Imperio y que diera sus órdenes para que no fusilaran á los prisioneros del General Lucas); la ausencia de Thum, decimos, suavizó un tanto su cautiverio, ya que se le dió la ciudad por cárcel, haciéndosele acompañar de Schizmandia, pundonoroso oficial austriaco, quien se esforzó en tratarlo con mucha cortesía.

Pero al fin volvió Thum á Puebla, y con su regreso se reanudaron los malos tratamientos hacia el prisionero, extremándose la vigilancia en su persona. El General Díaz, que hasta entonces no había tratado de evadirse, por no comprometer al generoso jefe enemigo que tan bien lo tratara, se consideró relevado de este compromiso, tan pronto como se le volvió de nuevo á encerrar y se pretendió de nuevo humillarle.

Ideó entonces salir del antiguo convento que le servía de cárcel y en el cual se le vigilaba continuamente, sin que contara para esta empresa con más elementos que una daga y una "reata," prenda que por temor de que se la quitaran, llevaba á todas horas consigo, arrollada en el cuerpo, á pesar de que le atormentaba.

Realizó, por fin, su evasión, llena de peligros y difícil-

tades, escalando muros, pasando de azoteas en azoteas, ascendiendo y descendiendo de una altura á otra, en medio de una noche tempestuosa, cuyos relámpagos podían hacer que fuera descubierto de un momento á otro por los destacamentos que había en la azotea. Por último, llegó á la calle, y una vez en ella pudo considerarse en salvo. Salió, en efecto, de la ciudad, para ponerse al lado de los suyos y reanudar la lucha, que más tarde había de terminar con la gloriosa marcha que se inició con las victorias de Miahuatlán y la Carbonera, para terminar con la famosa jornada del 2 de Abril de 1867.

¡Ved los frutos de la perseverancia! Merced á ella, puédense alcanzar los propósitos que se persiguen, variando los medios adecuados para obtenerlos, según las circunstancias, pero sin perder nunca de vista el objeto de todos nuestros esfuerzos, y sin declararnos nunca vencidos, aunque surjan los más inesperados contratiempos.

VIII.

VALOR Y SERENIDAD.

Afrontar el peligro en cumplimiento del deber, esto es valor; arriesgar la vida inútilmente, es temeridad.

Junto con la perseverancia se ofrece en la vida que estudiamos otra alta cualidad del espíritu: el valor. Napoleón el Grande dijo que un hombre sin valor es como una mujer sin pudor; pero para que el valor sea virtud, ha menester primero, inspirarse en el sentimiento del deber; después, en la serenidad y la prudencia.

Para presentar un ejemplo de esta clase de valor, entre los muchos que encierra la historia del General Díaz, señalaremos un solo rasgo que demuestra la influencia ejercida, aun sobre las multitudes presas de pánico, por el que sabe sacrificarse en cumplimiento del deber, y conserva al mismo tiempo, en los trances más terribles, la serenidad necesaria para salir de ellos airoosamente.



Entrada triunfal del General Díaz a la Plaza de Puebla, en la gloriosa alborada del 2 de Abril de 1867.
A la derecha, en segundo término y marcada con una cruz blanca, se destaca la figura del General Díaz, montado en brioso caballo, a la cabeza de su Estado Mayor, contestando las aclamaciones del Pueblo.
(Copia del cuadro del pintor mexicano Francisco de P. Mendoza, que existe en la antecámara del Salón del Consejo de Ministros, en el Castillo de Chapultepec.)

A principios del año de 1863, durante el famoso sitio de Puebla, González Ortega dispuso que el Gral. Díaz fuese con su brigada á reforzar uno de los puntos más peligrosos del recinto sitiado. Tan pronto como el Gral. Díaz tomó el mando de dicho puesto, emprendió obras de defensa en las fortificaciones; pero antes de que tuviera tiempo de llevar á cabo todos sus planes, dieron los franceses una serie de asaltos con el fin de entrar por ese rumbo á la plaza.

Se sabía que los enemigos estaban minando las casas del rumbo que tenía bajo sus órdenes el Gral Díaz, cuando una noche comenzaron á oirse, desde el mesón en que este jefe y los suyos se encontraban alojados, golpes sordos que parecían muy cercanos. No transcurrió, en efecto, mucho tiempo sin que los franceses comenzaran á abrir brechas tan formidables en los muros del edificio, que muy pronto pudo por ellas penetrar una columna, arrollándolo todo á su paso.

El pánico se apoderó de los defensores del mesón, que retrocedieron al ser recibidos con un fuego espantoso. Parecían inútiles todos los esfuerzos para contener á los fugitivos y evitar el desastre. El Gral Díaz, sin embargo, no perdió la serenidad. Junto á la fuente del patio se encontraba una pieza de artillería; rápidamente la apuntó en dirección de la brecha, y disparó él mismo, logrando rechazar á los primeros asaltantes. Volvieron sin embargo, á presentarse otros, en mayor número, pero volvió también á dispa-

rar el Gral. Díaz, y el segundo tiro causó aún más grandes estragos que el primero.

El heroico ejemplo del General alcanzó lo que las órdenes no habían conseguido; detener á los fugitivos, quienes gracias á este momento de respiro, volvieron sobre sus pasos, y tras sangriento combate, lograron que los invasores, duramente castigados, tornaran á sus posiciones.

La conducta del jefe estimuló á las tropas que, sintiéndose bien mandadas, llevaron á cabo tales proezas en lo sucesivo, que los franceses acabaron por suspender todo ataque á la línea de siete manzanas, puestas bajo la vigilancia de Porfirio Díaz, reconociéndola como inexpugnable.

Haciendo un notable contraste con el anterior ejemplo de valor activo, vamos á presentar otro de lo que pudiéramos llamar valor pasivo, y que acaso sea más útil que el primero, por ser el que en la vida común y corriente tiene más aplicaciones para defendernos contra los reveses de la fortuna. De este modo sabremos cómo pueden darse pruebas de valentía suprema hasta en los momentos de una fuga, cuando se lucha con fuerzas superiores, que sería temeridad inútil desafiar.

Después de la toma de Matamoros, que siguió á la aceptación del plan de Tuxtepec contra el decadente gobierno de D. Sebastián Lerdo de Tejada, decidió el Gral. Díaz salir del país, con el propósito de regresar por mar á la costa de Sotavento, para situarse en el centro de la lu-

Combate parcial de la Brigada á las órdenes del Gral. Díaz, en el rancho de la Tadrillera de Azcatán, durante la batalla del 5 de Mayo de 1892. Al retirarse los franceses, el Gral. Díaz los persiguió hasta la Hacienda de Rememerta, resuelto á vencer ó á morir, conforme habian convenido los jefes que tomaron parte en esta gloriosa acción.



cha y ponerse en contacto con el grupo principal de sus partidarios.

Dirigióse á los Estados Unidos y tomó pasaje en Nueva York, en el vapor "City of Havana," buque contratado por el Gobierno para el servicio de correos y que debía hacer escala en Tampico y Veracruz.

Para alejar en lo posible todo peligro, se había disfrazado con una peluca y puesto unos anteojos oscuros, haciéndose aparecer como médico cubano. En Tampico, sin embargo, se presentó de improviso un hecho que hizo fracazar el plan, pues inutilizó por completo el disfraz de que se había valido.

Sucedió, efectivamente, que en el citado puerto y en el mismo buque en que se hallaba el Gral. Díaz, se embarcaron algunas tropas del Gobierno, y varios oficiales que le reconocieron inmediatamente, por haber sido sus prisioneros. Sintióse descubierto, y convencido de que al ser capturado había de pagar con su vida aquel encuentro, decidió fugarse; y aunque el vapor estaba fondeado muy lejos del muelle, se despojó de su ropa, y sin más arma que una daga para defenderse de los tiburones, se echó al mar por un costado del buque.

Desgraciadamente, fué visto en el acto, y se destacó un bote en seguimiento suyo, comenzando entonces una lucha desesperada, que presenciaron centenares de espectadores. El nadador, ágil y experto, se hundía en las aguas

y avanzaba bajo ellas con sin igual resistencia; pero llegó un momento en que se agotaron sus fuerzas, y vencido por la fatiga tuvo que asirse al bote de sus perseguidores, en el que fué recogido, mas conservando por entero sus sentidos.

Al llegar al "City of Havana," el Teniente Coronel que mandaba las fuerzas oficiales, pretendió reducirlo á prisión, pero el heroico nadador empuñó la pistola, que guardaba debajo del colchón, en su camarote, donde pasaba esta escena, y pidió al capitán del buque el amparo de la bandera norte-americana. El capitán, que no había dejado de admirar el arrojo de su valiente huesped, accedió á su solicitud, y declaró que no lo entregaría hasta que llegaran á Veracruz.

El jefe de la fuerza, Arroyo, no perdía sin embargo, de vista al Gral. Díaz; y pretextando que se necesitaba cuidar el parque, puso centinelas, con el objeto de seguir vigilando al que consideraba como su prisionero.

A la noche siguiente resolvió el Gral. Díaz repetir su intento de evasión. El tiempo era muy tempestuoso y reinaba densa oscuridad, circunstancias que favorecían evidentemente el proyecto. Se deslizó sin que nadie lo notara hasta el camarote del contador del barco, un buen amigo suyo, y le comunicó sus planes; mas el contador le disuadió de ellos, sugiriéndole otro no menos arriesgado, pero que ofrecía mayores probabilidades de buen éxito.

Tiró el Gral. Díaz al mar un salvavidas, para que

se creyera que había vuelto á echarse al agua, y se escondió en una alacena que había en el camarote de su amigo. El ardid dió excelente resultado, pues al notarse en breve la ausencia del perseguido, sus perseguidores le buscaron inútilmente por el mar; y como hallaron sólo el salvavidas, supusieron que el prófugo había sido pasto de algún tiburón.

Entretanto el Gral. Díaz se hallaba sujeto á un tormento espantoso. En la alacena en donde estaba encerrado tenía que permanecer en pié, pues no cabía en ella sentado ni tampoco erguido; así es que se ocultaba allí medio doblado y con las piernas separadas para que pudieran cerrarse las puertas. Al camarote del contador acudían todos los oficiales enemigos, quienes charlaban allí y jugaban durante la velada; uno de ellos solía echar su silla hacia atrás y apoyarla en la mal cerrada alacena, lo que martirizaba cruelmente al escondido. Así pasó el fugitivo siete mortales días que duró la travesía, sin más alimento que unas cuantas galletas al día, hasta llegar á Veracruz, en donde aumentaron para él los peligros y dificultades.

De Veracruz le envió un amigo un traje muy usado de marino, mandándole decir que irían por él una lancha y un individuo á quien conocería por determinadas contraseñas.

Comenzó la descarga del buque sin que el Gral. Díaz se atreviera á salir de su escondite, por temor de ser nueva-



General Oronoz, Jefe de las fuerzas derrotadas en la batalla de Miahuatlán

mente reconocido, hasta que un incidente favoreció su desembarco.

Sucedió que una paca de algodón mal manejada, hirió á una mujer del pueblo; aprovechando el Gral. Díaz la impresión que causó este percance, salió del "City of Havana" y entró en Veracruz en donde se ejercía la más activa vigilancia, por haberse suscitado algunas dudas acerca de la muerte real del fugitivo.

Sin perder tiempo ensilló un caballo, que se tenía dispuesto, y se dirigió á Boca del Río, en donde echó pié á tierra, para tomar informes en una casucha. En aquellos momentos entraba en la localidad un destacamento de las tropas de Lerdo. Inmediatamente salió de su alojamiento el Gral. Díaz, encontrándose á poco andar con el jefe del referido destacamento, quien lo conocía muy bien. Procuró ocultar su cara á las miradas de su perseguidor, y se dirigió al estero, donde tuvo la fortuna de encontrar barcas amarradas; se apoderó de una de ellas y ganó la orilla opuesta, de donde siguió su camino para llegar, después de algunas otras peripecias, al campamento en que lo aguardaban sus fuerzas, y asumir el mando efectivo de la campaña.

He aquí una serie admirable de actos de *valor pasivo*, de ese valor frío y tranquilo, más propicio en ocasiones que el impetuoso y violento, para asegurar el buen éxito en empresas que presentan obstáculos insuperables.

IX.

ORDEN Y PROBIDAD.

La moralidad y la honradez en el manejo de fondos, son las primeras virtudes de un administrador público.

El resuelto estudiante de Oaxaca, el enérgico combatiente de la Reforma, el heroico caudillo de la República, ha llegado al final de su carrera: ocupa ya la suprema magistratura del país, se ha hecho cargo de la presidencia y parece que todos sus afanes y todas sus luchas han terminado.

Pero no es así; hay otros rudos trabajos que emprender todavía, para salvar la diversidad de obstáculos que se oponen á su labor; y aun le son menester grandes esfuerzos para hacer frente á todas las dificultades que se presentan para llevar á cabo su obra. Desde luego, la tarea administrativa, esa tarea en que tanto se ha distinguido el

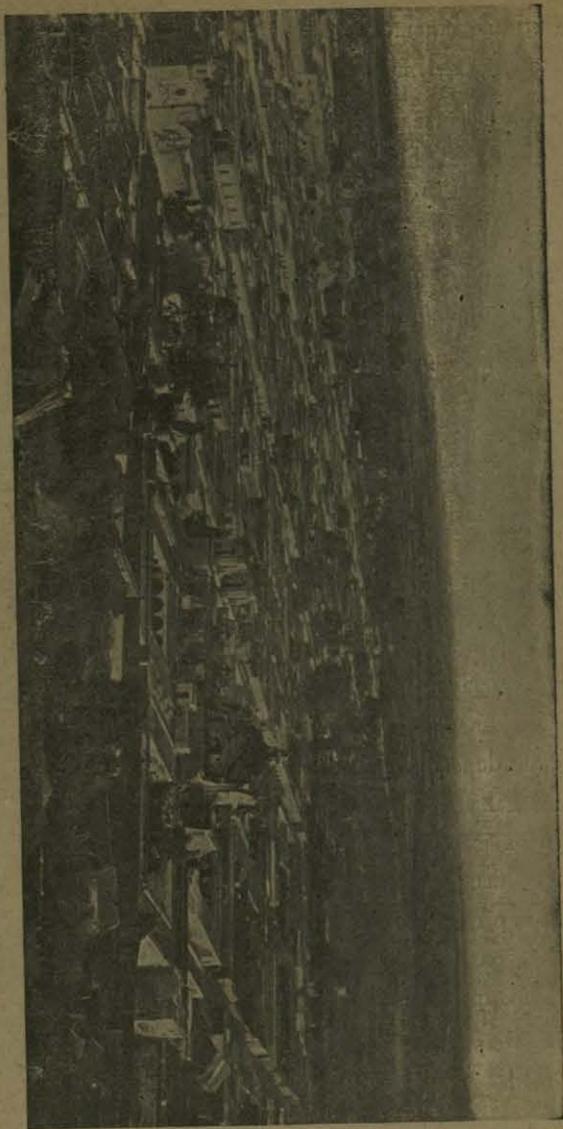
ilustre gobernante y que ha hecho de él uno de los primeros estadistas del mundo.

Se engañan los que creen que el talento administrativo del Gral. Díaz se reveló al encontrarse ya al frente de los destinos de su patria. El Gral. Díaz había dado ya muestras de ser un administrador correctísimo desde tiempos muy atrás, allá por el año de 1855, que siendo pasante de Derecho, fué nombrado Subprefecto de Ixtlán, en el Estado de Oaxaca. Poco tiempo después de su nombramiento, comenzó á llamar la atención del Gobierno del Estado aquel empleado insignificante que rendía cuentas detalladas de la recaudación de los impuestos, los cuales aumentaban en vez de disminuir, según era costumbre en aquel entonces, y que iniciaba mejoras de importancia y dictaba medidas de organización.

Y era en verdad para admirarse en aquella época, en que reinaba el desorden y el mal manejo de fondos, apareciese un jóven de increíble probidad, que ponía á disposición de sus superiores el dinero de que disponía; que renunciaba el haber que le correspondía como capitán de la guardia nacional, diciendo que "no creía lícito cobrarlo al mismo tiempo que el de subprefecto;" y que en materia de pagos, prefería los soldados rasos á los jefes, pensando que las necesidades se hacían sentir más apremiantemente en aquellos que en éstos.

Después de esta primera etapa administrativa, lo ve-

Visita panorámica de la Ciudad de Oaxaca, en donde realizó importantes hechos de armas el Gral. Díaz, que figuran entre los más notables de su carrera militar. (Fotografía propiedad de O. H. Valse, Foto. San Juan, de Leirán 2, México.)



mos al frente del distrito de Tehuantepec, entregado en fuerza de la distancia y de los acontecimientos, á su propia iniciativa y á su sola dirección. De derecho, Porfirio Díaz fué en Tehuantepec Gobernador y Comandante militar; de hecho, lo fué todo: gobernaba, combatía, administraba justicia, conquistaba y conciliaba ánimos; emprendía y dirigía obras de utilidad pública; recaudaba y distribuía las rentas.

En medio de las fatigas de la campaña, se esforzó por llevar adelante su gran pensamiento de subordinarlo todo á un programa de atenta y vigilante administración pública. Y así fué como reorganizó las escuelas y las proveyó de maestros y de útiles; y así también como emprendió el drenaje de Tehuantepec, con el fin de sanear aquel suelo pantanoso, semillero de enfermedades. Y todavía le sobraba tiempo para auxiliar al Gobierno federal, después de cumplir sus propias obligaciones. Es que el orden multiplica la fuerza, el tiempo, el dinero, la vida, todo.

En su tarea administrativa, el Gral. Díaz ha sido no sólo un organizador sino un moralizador, y todos sus esfuerzos en los distintos puestos que ha ocupado, han tendido á suprimir viejas costumbres de mal empleo de fondos, que caracterizaban á los empleados públicos y aun á los mismos jefes del ejército, en los revueltos días de nuestras luchas armadas.

Así se explica que teniendo bajo sus órdenes el Ejér-

cito de Oriente, procurara que sus hombres respetasen la propiedad ajena y no ejercieran ningún acto de violencia en las comarcas de que se hacían dueños. Su deseo era asociar los intereses de los habitantes pacíficos á los del ejército nacional, y procurar que se apayaran recíprocamente. Para esto nada mejor que crear un Ejército respetuoso del derecho ajeno.

En uno de los encuentros que tuvo este ejército con una fuerza enemiga, la tropa republicana vencedora se apoderó en Tulcingo, según costumbre, de tres mil pesos que abandonaron al huir los vencidos, y se disponía también á saquear el pueblo que habían dejado los enemigos. El Gral. Díaz formó á su tropa, le prohibió aquel acto de pillaje, y exigió la devolución del dinero recogido, que puso en manos del pagador militar, para que éste lo hiciera llegar á manos del Gobierno republicano.

Pero hay algo más notable todavía: el jefe de aquel ejército (que nunca cometió tropelios y que bien alimentado y equipado llegó triunfante á la Capital), pudo entregar al gobierno \$150,000, sobrantes en la caja del cuartel general. Era entonces tan inesperado é increíble que un general en campaña llegara á tener ahorros, que cuando D. Benito Juárez llegó á México, preguntó al victorioso jefe si podía proporcionarle siquiera diez mil pesos. El Gral. Díaz, que había socorrido con sus fondos varias veces á las tropas que llegaron con el Gobierno, informó al Presi-

dente Juárez del estado de sus fondos, que puso íntegros en sus manos.

Un hecho poco sabido dará idea de la extraordinaria probidad del Gral. Díaz: al terminar su primer período presidencial, se vió obligado á pedir á un banco de esta capital, la cantidad de ocho mil pesos, para acabar la construcción de su casa, cantidad que más tarde fué por él fielmente pagada.

El espíritu de orden, la pureza en el manejo de fondos y la extraordinaria moralidad administrativa, son hechos característicos del distinguido gobernante; y esos hechos deben servir de modelo á todos los que en sus manos tengan la dirección de un grupo de ciudadanos, de una sociedad y aun del mismo hogar doméstico.

Célebre batalla de Miahuatlán, ganada por el Gral. Díaz á las fuerzas francesas y á los traidores mexicanos. Marca la cruz el sitio en donde se efectuó el combate; al lado opuesto queda la población. Esta batalla ha dado gran prestigio militar al Caudillo republicano, porque sus tropas tenían muy poco parque y hubo que dar cargas á la bayoneta para lograr al fin que el enemigo emprendiera violenta retirada hacia Oaxaca.



X.

ENERGIA Y CLEMENCIA.

Hay que ser suave en la forma, pero firme y recto en los principios de justicia.

Es indudable que ningún hombre triunfa en la lucha por la vida si carece de energía. y que quien es débil de carácter, no sólo es incapaz de hacer su felicidad, creándose una posición prominente, sino que al mismo tiempo, hace desgraciados á todos cuantos le rodean. Pero la energía, que no se hace amable por la bondad ni respetable por la justicia, deja de ser una virtud y se convierte en un instinto odioso.

Los hombres enérgicos que desconocen la generosidad y la tolerancia y que pisotean al humilde y lo sacrifican todo al logro de sus ambiciones, se harán temer, pero no amar, y empañarán su obra, por grande y útil que ella sea, con al aliento envenenado de los rencores que provocan. Lo hermoso, lo digno de imitación es la energía de aquellos seres que dando pruebas de su fortaleza de espíritu, protegen



Francisco Aquiles Bazaine. Mariscal de Francia, sucesor del Mariscal Forey en el mando del ejército francés intervencionista (1868-1867). Sitió personalmente en Oaxaca al Gral. Díaz. Al rendirse éste por falta de elementos, le felicitó Bazaine porque no seguiría "haciendo armas contra su Soberano," á lo que respondió el Gral. Díaz: YO NO HE TENIDO NI TENGO MAS SOBERANO QUE EL PUEBLO MEXICANO.

al mismo tiempo al débil, tienden la mano al postergado, guían al que se extravía, sostien al que desfallece y perdonan las flaquezas humanas.

En nuestro país, y particularmente en las épocas de nuestras crueles luchas intestinas, se han dado á conocer hombres de grandes energías; pero la mayor parte de estos hombres eran incapaces de llevar á cabo una obra de amor y conciliación; y por eso, en vez de ser estimados, fueron generalmente temidos. Busquemos en los hechos del Gral. Díaz el ejemplo que debemos imitar para ser enérgicos, sin hacernos odiosos.

Hemos hablado en otro capítulo de la obra administrativa del caudillo republicano en el gobierno de Tehuantepec, y vamos á referirnos á los procedimientos que empleó para hacer triunfar moralmente su causa entre los juchitecos, que eran entonces refractarios al Registro Civil.

El Gobernador del Estado de Oaxaca había dado órdenes terminantes al entonces Teniente Coronel Díaz, de que no hiciera correr la sangre de los *patricios*, feroces zapotecas que con el pretexto de defender la religión, asesinaban, escondidos entre los árboles, á los liberales; envenenaban las aguas y cometían todo género de tropelías. El Jefe Político de Tehuantepec contestó que se le podía hacer procesar desde luego, porque estaba dispuesto á seguir pasando por las armas á todos los enemigos que aprehendiera como reincidentes, ejerciendo algún acto infame como los que hemos mencionado.

Más no se crea por eso que el Teniente Coronel Díaz era un jefe sanguinario que hiciera la guerra á sangre y fuego; pues este mismo hombre inexorable con los *patri-*



General Conde de Thum, encargado de vigilar al General Díaz durante su segundo cautiverio en Puebla, para impedir que se fugara de la prisión. Thum trató con injusta dureza al distinguido Jefe republicano y tuvo con él muchas exigencias.

cios traidores, se arriesgó á ir solo, sin armas y sin más compañía que la de un virtuoso sacerdote, al lugar en donde se encontraban sus enemigos, con el propósito de convencerlos. Y les explicó de tal suerte las ventajas y el verdadero espíritu de la Reforma; persuadió de tal manera á estos hombres á que ni la fe ni la religión peligraban, que sintiéndose ellos convencidos, le acompañaron más tarde á batir á uno de los más terribles cabecillas de la reacción.

No menos notable es otro rasgo de la vida del Sr. Presidente. Acababa de alcanzar la victoria de Jalatlaco, de que ya hemos hecho mérito en páginas anteriores, y el General Carbajal, que mandaba las fuerzas liberales, se preparaba á disparar su pistola sobre un prisionero, cuando Porfirio Díaz, sin cuidarse de que se trataba de un superior jerárquico, le arrebató el arma, impidiéndole que cometiera un asesinato. Este hermoso arranque de energía humanitaria, no solamente le valió la gratitud de los prisioneros que había salvado, sino la aprobación del General en jefe, quien lo felicitó ante el ejército al imponerle la banda verde.

No faltan, sin embargo, quienes duden de la clemencia del Gral. Díaz por los actos de alta justicia y necesario rigor que se ha visto obligado á ejecutar. Los que tales dudas abrigan, olvidan que la sangre culpable economiza la inocente, y que el sacrificio, justo sin duda, de la existencia de los revoltosos, salva las vidas de los hombres honrados, útiles y pacíficos.

El Gral. Díaz se ha mostrado compasivo con muchos de los que, en otro tiempo, procuraron perderlo y á los que ha llegado á elevar, sin tener en cuenta las circunstancias pasadas. No ha tomado jamás venganza de sus enemigos

personales, y todo lo perdona, con tal de que no se toquen los intereses de la patria.

Referiremos un hecho que pone de relieve la verdad de nuestras palabras, entre otros muchos que pudiéramos consignar en estas páginas:

Se recordará el gran interés que tenía en descubrirlo á bordo del vapor "Havana," el Teniente Coronel que mandaba la fuerza del 14 Batallón. Este interés estaba apoyado en que la captura del perseguido habría de valerle un ascenso en su carrera militar. Pues bien, poco tiempo después de los hechos anteriormente narrados, el Gral. Díaz encontró á su perseguidor, entre los prisioneros de la batalla de Tecuac. Entonces, dirigiéndose el triunfador al vencido, le ascendió inmediatamente al grado que le correspondía en el escalafón militar. Y es público que igual conducta observó con sus personales opositores de épocas pasadas, mientras no intentaron turbar la paz ni dañar los intereses públicos, pues han gozado de tranquilidad completa y, en muchos casos, de honores y recompensas, como si nunca hubiesen atacado con la espada ó con la pluma al que los ha colmado de beneficios.

Así es como la energía inflexible, pero al mismo tiempo justa, del Gral. Díaz, ha logrado el engrandecimiento nacional por la unión y por la concordia entre todos los mexicanos. Así también lograremos nosotros hacer la felicidad de los que nos rodean, sabiendo ser enérgicos, con nobleza, con humanidad y con rectitud.



Palacio Nacional de México, residencia oficial del Presidente de la República, General Porfirio Díaz.